



PARIS YOLANDA

Yo con
estos pelos
y tú tan sexy

zafiro♥

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Epílogo

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Zoe Miller trabaja como peluquera en su propio salón junto a su socio y amigo Raúl.

La vida nunca ha sido fácil para ella, pero siempre ha superado los baches que se ha encontrado en el camino. El más enorme de todos le obligó a empezar desde cero con su mayor tesoro: su hija Asia.

Desde ese día vive feliz por y para su pequeña, que está creciendo a pasos agigantados, aunque el miedo acecha. Un terror que la deja anclada en el pasado una vez al año.

Zoe tendrá que aprender a superar sus temores, pasar página y vivir el presente.

¿Lo conseguirá? ¿Quieres conocer su historia?

YO CON ESTOS PELOS Y TÚ TAN SEXY

Paris Yolanda

zafiro[♥]

Prólogo

El móvil suena de madrugada. Héctor saca la mano de debajo de la sábana para atenderlo con rapidez, antes de que me despierte, pero llega tarde; llevo un rato así, no me encuentro muy fina.

—Cariño, tu teléfono —le digo tranquilamente.

Él contesta medio dormido, pero, tras oír la voz que hay al otro lado, se despeja de inmediato y atiende con atención.

—Lo siento, no quería perturbar tu sueño, cielo —me dice, levantándose de la cama tras colgar.

—No te preocupes, llevo un ratillo desvelada —le contesto—. ¿Ha pasado algo?

—Sí —afirma, poniéndose los pantalones—, un tiroteo en pleno centro; tengo que ir para allá.

—Ten cuidado, por favor.

—Siempre lo tengo, corazón —procura apaciguarme—. ¿Te encuentras bien?

—No sufras, sólo me siento pesada.

—Si pasa cualquier cosa, me llamas —me pide, enseñándome el móvil—. Estaré pendiente de él.

—Lo haré, descuida.

—Dame un beso de tornillo, anda.

Ambos nos besamos con pasión y amor, el beso se prolonga y, cuando terminamos, nos miramos a los ojos, enamorados como el primer día.

—Te quiero —me regala Héctor mientras coge su pistola y se encamina hacia la puerta.

—Yo te quiero más —replico, y lo veo desaparecer de la habitación.

Oigo la puerta de casa cerrarse y me acaricio lentamente mi abultado vientre; estoy muy gorda, a punto de explotar, y tengo algunos dolores que no me han dejado dormir, pero he preferido callar para que Héctor se marchara tranquilo.

—Tienes que esperar un poco más, mi niña —le hablo a mi barrigota—. Papá ha tenido que ir a trabajar y estamos solas, así que no se te ocurra salir de ahí dentro todavía; no hagas enfadar a mamá antes de nacer... Sé buena, por favor.

Miro el reloj de la mesilla de noche y compruebo que no son ni las tres de la madrugada. Cada vez que Héctor tiene que salir a estas horas intempestivas por motivos laborales, me quedo con el miedo en el cuerpo. No es fácil ser la mujer de un policía, pues vives con el temor de que un día te digan que lo ha alcanzado una bala... o, en una persecución, el coche haya volcado y no haya sobrevivido... En fin, pueden pasar miles de cosas, pero lo conocí así y tengo que aceptar su profesión, porque él la adora, aunque yo no logre acostumbrarme a ese pavor.

—Vamos a intentar dormir, ¿vale? —le vuelvo a hablar a mi panza—, porque menuda noche más larga se me está haciendo y tú no pones de tu parte, pequeñaja.

Cierro los ojos e intento relajarme, pensando en que todavía no me toca, pues me queda una semana para salir de cuentas, pero noto otra contracción que me hace plantearme que quizá no me faltan esos siete días como creía. Aun así, busco la posición más cómoda en la cama... Me pongo

de lado y no estoy bien, así que pruebo a colocarme boca arriba, pero tampoco lo estoy; tal vez, si me doy un cuarto de vuelta y me sitúo del otro lado me sienta mejor y consiga dormir algo, me digo, pero me equivoco. No estoy a gusto y decido levantarme.

Lo hago con mucho esfuerzo y me voy al baño; una buena ducha me relajará sin duda. Bajo el chorro del agua caliente, me siento bien. Me enjabono la enorme tripota y hasta me dibujo unos ojos y una boca con el jabón, que terminan convirtiéndose en espuma, una vez que paso la mano por encima.

Me lavo a conciencia y salgo de la bañera con mucho cuidado, me enrolló una toalla en el cuerpo, todavía húmedo, y me quedo clavada al notar una fuerte contracción.

Camino por toda la casa; he leído que eso va bien... y parece que experimento un poco de alivio, hasta que de nuevo me llega otra.

Cada vez son más frecuentes, así que decido ir a vestirme; elijo ponerme algo cómodo por si me pilla el toro, aunque no debería, porque el doctor me comentó que faltaba una semana, con sus siete días y sus siete noches, y lo que dice el médico siempre va a misa, ¿no? Aunque creo que el ginecólogo opina una cosa y la enana que tengo en mi interior, otra, puesto que, si le hiciera caso al buen hombre que me lleva el embarazo, no estaría teniendo las contracciones tan seguidas.

—Pequeñaja, hazle caso a mami y no salgas de ahí, que todavía no te toca —le pido mirando mi inmensa barriga; parece una gigantesca pelota de fútbol.

Cojo el móvil para llamar a Héctor, pero lo pienso mejor y decido no hacerlo; puedo aguantar un poco más, creo que son contracciones de mentira, de esas que llaman fal...

Siento cómo me llega otra y me agarro al primer mueble que tengo cerca para poder aguantar el dolor.

¡Y una mierda, falsa! Ésta ha sido muy real, tanto que la he notado desde el fondo de todo mi ser. No las estoy controlando y no sé cada cuánto tengo una.

—Pero ¿no te he pedido que no intentes salir de ahí todavía? —digo mirando seriamente mi tremenda barriga.

—¿Vas a ser rebelde? —Sigo con mi monólogo, dirigiéndome a mi único público, mi descomunal panza—. ¡Pues lo llevas claro, con un padre policía!

Empiezo a controlar cada cuánto tengo contracciones y descubro que padezco una cada quince minutos, así que no lo pienso demasiado y decido que es hora de llamar al papá de la criatura, aunque esté de servicio; no quiero estar sola, estoy cagada. ¡Sí, lo admito! Estoy muerta de miedo.

Marco y espero, el móvil suena y suena, pero no me responde; menos mal que me ha dicho que estaría pendiente de mi llamada.

—¡Voy a dar a luz completamente sola! —grito en medio del comedor, cuando otra contracción me llena de dolor desde el dedo gordo hasta el último pelo de la cabeza. Estoy sopesando si puedo aguantar un poco más, cuando de pronto un líquido baja por mis piernas.

¡Acabo de romper aguas!

Vuelvo a marcar el teléfono de Héctor y obtengo el silencio por respuesta, así que opto por dejarle un mensaje en el contestador: «¡Me voy al hospital!».

Me lavo de nuevo, me cambio y llamo a un taxi. Luego cojo la bolsa del bebé, que está preparada detrás de la puerta de entrada de casa; lleva allí un montón de sema-

nas, desde que decidimos que era el mejor sitio para pillarla al vuelo cuando saliéramos pitando.

Ya de camino, dentro del coche, veo que el hombre está más acojonado que yo; bueno, no lo veo porque voy detrás, pero lo percibo. Conduce rápido y está muy tenso.

—Vaya despacio —le pido—, que no queremos ser las responsables de un accidente.

—Tranquila, que me conozco la ciudad como la palma de la mano.

—Pues su palma no sé si se la conoce, pero la ciudad no muy bien, porque nos acabamos de pasar la calle por donde debía girar.

El taxista, ni corto ni perezoso, pega un frenazo que hace que me agarre la barriga y da marcha atrás.

—Pero ¡se ha vuelto loco! —le recrimino, flipando y con los ojos abiertos como los de un búho—. ¡Eso no se puede hacer!

—Cuando uno lleva a una pasajera de parto, todo está permitido —me suelta tan fresco.

—¡Diga usted que sí, que el otro cruce está muy lejos! —replico—, pero avíseme si va a hacer algo indebido, que casi se me sale el bebé por la boca.

Me mira por el espejo retrovisor con cara de asustado.

—¿Está todo controlado por ahí abajo? —me pregunta, aún más acojonado que antes.

—¿Por abajo? —inquiero, alucinada—. Ah... sí, sí, todo bien.

Y yo, idiota de mí, me miro los pies. Pensaba que me había venido en zapatillas de estar por casa.

Al llegar a la puerta de Urgencias, el taxista me ayuda con la bolsa hasta llegar a Admisiones, donde me desea un parto rápido y se va. Yo me quedo con cara de lela, miran-

do a todo el mundo y sin poderme creer que mi renacuaja vaya a salir de mí estando sola. ¡Cuánto echo de menos tener a una madre en estos momentos! La mía, por desgracia, me abandonó nada más nacer. Parece ser que estaba demasiado ocupada con sus ligues como para hacerse cargo de mí y, como no sabía quién era mi padre, pues no me pudo encasquetar a ningún hombre de su alrededor y optó por dejarme al lado de un contenedor de basura, con una manta para que no cogiera frío, eso sí. ¡Qué considerada!

—¿Está usted de parto? —me pregunta la chica que hay detrás del mostrador.

Estoy a punto de soltarle que no, que me he comido una sandía y ése ha sido el resultado, pero otra contracción hace que me doble en dos y pienso que no es el mejor momento para bromear.

—Creo que sí —le respondo casi sin aliento, dejando mi cartilla encima del mostrador.

La chica la coge y, sin perder un minuto, llama por teléfono.

Enseguida veo cómo se abren las puertas y sale un auxiliar con una silla de ruedas, me hace sentar y me entra de inmediato, con celeridad, llevándome por la línea azul hasta Maternidad, donde minutos más tarde estoy tumbada en una camilla, con la vía puesta.

Me han revisado y monitorizado para ver que todo estuviera correcto, me han preguntado cómo mil veces si estoy sola y les he dicho otras mil que mi marido no contesta el teléfono. Me han dejado un rato sola para que siga dilatando y por si quiero intentar llamarlo de nuevo.

Estoy fatal y no tengo ni ganas de volver a marcar el puñetero número de Héctor. Sólo pienso en que estos dolores

me están matando y que no estoy dispuesta a pasar por esto nunca más.

Lo he debido de pensar en alto, porque la que está a mi lado se dirige a mí.

—Eso decimos todas y, al final, siempre caemos otra vez. —La miro, sonriendo con la poca fuerza que me queda —. Para muestra, un botón: ya es el tercero.

—Pues ya son ganas.

—Mi esposo quiere una niña y, hasta que no venga, afirma que no parará.

—Entonces espero que a la tercera vaya la vencida.

—Va a ser que no —me sonrío, feliz—: es otro niño.

—Pues nada, a seguir intentándolo y espero que no acabe formando un equipo de fútbol.

Aquello parece unos grandes almacenes en Navidad, pues todo el mundo entra y sale y nosotras ahí, espatarradas. Cualquiera diría que nuestros chirris son de dominio público.

En una de esas entradas, revisan mis constantes, me tocan y toman una determinación.

—Vamos a llevarla al paritorio y a ponerle la epidural.

Una vez allí, me piden que me esté muy quieta y doble bien la espalda hacia delante. Con el pedazo de barriga que tengo, me cuesta horrores hacer lo que me indica el anestesista, pero obedezco. Si eso va a mitigar mis dolores, me volveré contorsionista si hace falta.

En cuanto me empieza hacer efecto la epidural, me voy sintiendo mejor. ¡Uf, esto ya es otra cosa! Si hasta tengo ganas de volver a marcar el teléfono de mi señor marido, alias quién sabe dónde narices estará mientras yo estoy aquí dando a luz a su preciosa hija.

Empiezo a desesperarme porque no es normal que ni siquiera me devuelva la llamada; aunque esté ocupado, un segundo o dos para preguntar si todo va bien seguro que tiene... y me preocupo más todavía cuando llega el ginecólogo, la comadrona y la auxiliar para decirme que he dilatado lo suficiente y que dentro de poco veré la carita de mi bebé.

—Por favor, ¿alguien puede localizar a mi marido? —les pido, con expresión angustiada—. Llevo toda la noche llamándolo a su móvil, pero no contesta. Se llama Héctor Llanes y éste es su número.

La auxiliar lo coge, me mira con cariño y se lo da a una enfermera que pasa por allí justo en ese momento.

—Tranquila, nosotras nos encargamos —me dice con una sonrisa en los labios—. Usted, ahora, concéntrese en dar a luz a su retoño.

* * *

—¡Esto está muy feo! —grita uno de los médicos del quirófano.

—Tenemos que hacer lo imposible por recuperarlo —intenta animarlo otro.

—¡¡Se nos va, se nos va!! —vuelve a gritar.

—Reanimación ya.

—Carga palas —pide uno de ellos.

—Listo —le informan.

—Fuera.

No hay nada que hacer, pero no tiran la toalla.

—Palas listas.

—¡Fuera!

—Nada, no responde, vamos de nuevo.